

*un jinete va por el puente
el otro por el río*

*los dos se encontrarán
cuando entren en lo oscuro*

*DESEO DE VIEJO
Levantando la cabeza
y estirando el belfo
aspira profundo*

*Ha percibido ese olor
que le renueva la sangre*

*Envalentonado
rengueando un poco
se acerca a la yegua
que le recibe
con una patada amorosa*

*El caballo viejo
pronto se olvida
y vuelve en paz
a su hierba*

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR



Los puntos suspensivos en la poesía femenina...

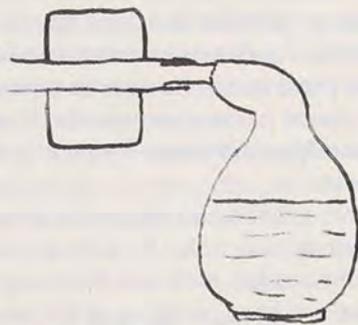
Ellas escriben en Medellín

Varias autoras

Hombre Nuevo Editores,
Colección Madremonte,
Medellín, 2007, 149 págs.

El libro es un colectivo de poesía, precedido por otro de narrativa con el mismo título y procedimiento electivo. Contiene una selección de poemas de dieciocho autoras, compilada por Lucía Donadío y Claudia Ivonne Giraldo en orden de casualidad. Las antologistas también se incluyen muy naturalmente, como es usual. La antesala empieza con la “rigurosa” prohibición de reproducir cualquier verso, por cualquier medio, incluidos el préstamo, el alquiler, la lectura en público y la memorización,

si es que a alguien se le ocurriera tal cosa. Algo raro, publicar un libro para impedir su divulgación. Por más que la prohíban, la poesía escapa por cualquier bolsillo, en el supuesto de que tenga impacto.

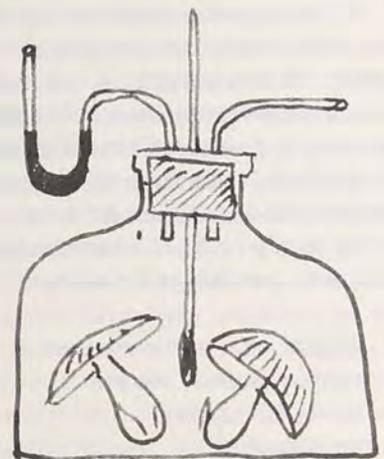


Siguiendo la costumbre —que para eso es—, al final se adicionan los datos biobibliográficos con todo detalle, incluida la quincallería que adorna los nombres y contribuye a su prestigio: títulos académicos, reconocimientos por doquier, los numerosos premios y distinciones recibidos, cargos desempeñados, becas obtenidas, viajes realizados, obras inéditas, traducciones a todos los idiomas, talleres y otras actividades. Ellas son, por orden del índice: Olga Elena Mattei, Teresa Yáñez de Cuberos, Marga López, Mara Agudelo, Teresita Ramírez, Berenice Pineda, Emma Lucía Ardila, Gloria María Bustamante, Lucía Estrada, Esther Fleischer, Catalina González, Claudia Ivonne Giraldo, Inés Posada, Cristina Toro, Gloria Posada, Eliana Maldonado, Lucía Donadío, Martha Quiñónez.

No se debería distinguir entre poesía, y poesía o literatura femenina, pero son precisamente ellas quienes mantienen la segregación, conscientes de que su arte se dirige a las mujeres por afinidad de género. En realidad, así es, con las escasas excepciones. El poema de la enamorada es una esquila con nombre propio para un fin cantado. Por lo general, sus temas resultan poco interesantes para el varón. Las señoras no salen de sí, siempre enclaustradas en su mundo de recuerdos y añoranzas. No consiguen ver en macro. Y eso, claro está, re-

duce su valor al encasillarse en una clasificación extraña a la época y que tarda en desaparecer por prejuicios comunes.

Se presentan como poemas redacciones más o menos simples, que no causan la menor reacción, porque sin inspiración no hay poesía. El sentimiento solo no transmite más que emociones ajenas, aparentes o supuestas, que carecen de trascendencia al no ser compartidas. Como si hablasen detrás de una máscara sin direccionalidad de voz. La publicidad que se hace a los poetas —no a la poesía— ocasiona que el público pierda el sentido de la poesía, recibiendo de modo acrítico lo que le proporciona el espectáculo. Hablando de añoranzas, puesto que los poetas se olvidaron del pueblo, el pueblo también se olvidó de los poetas. Los tablados callejeros atraen una curiosidad de autómatas que aplauden por inducción mecánica, sin el auténtico entusiasmo de la verdadera poesía, que no requiere exégesis académicas. Lo que se aplaude es la vanidad del insólito bardo, y ese aplauso es más bien una burla elegante y socarrona. Que pululen actualmente poetas por centenares indica que son malos poetas, pues la poesía no se da al por mayor.



Quien ignora lo que es la poesía tiene la opción de la prosa. Mejor ser buen prosista que mal poeta. La poesía se ha vuelto redacción forzada de horas vacuas. No se adquiere el título de poeta por publicar muchos

libros de ociosa versificación. Poesía no es sentarse frente a la hoja en blanco y la mente en blanco del prosista adocenado. Poesía es desgarramiento. Implica una conexión de tipo heroico con el universo. Lo femenino suele ser decorativo, superficial, voluble y caprichoso, pasajero como el amor. “Hace falta mucho tiempo para que un sentimiento, en una mujer, se transforme en pensamiento”, dejó escrito Marguerite Yourcenar.

La reseña —como es obvio— se refiere solamente al contenido del libro y no implica juicio alguno sobre las autoras y el resto de su obra, aclaración pertinente a fin de preservar cualquier susceptibilidad propia del género (el de la poesía).

No hace mucho tiempo que a las mujeres escritoras se les llamaba despectivamente literatas. Una mujer literata siempre daba la lata, hablando de Cervantes mientras bailaba, o de Américo Cama, el inventor de la cama, en su cama. Los tiempos han cambiado, pero no deberían abusar.

El concepto de poesía se tiene o no se tiene. Y no depende de la academia. Si no se tiene es imposible inducirlo. Nada se logra con simular. La apariencia siempre es falsa. Estudiar español y literatura no capacita a nadie para escribir poesía.

No se encuentra poesía en este libro. Sólo dos breves destellos, el segundo aún con imperfecciones. A la autora le faltó profundizar en la comprensión del asunto. Calcular mejor las palabras, pulir. Para ella la gata siempre fue un huésped del monte.

En la página 81, *La mirada sorprendida*, por Esther Fleisacher:

*El gato saltó por la ventana
y horas después regresó
sin un hueso roto
sin rasguños
sin un ojo morado.
Con ganas de tomar leche.*

En la página 98, *Ágata*, por Claudia Ivonne Giraldo:

*Luego de comprender que quien
[llegaba*

*era su muerte,
la pequeña gata muy enferma
tuvo la gentileza de despedirse.
Se refregó contra mi brazo
[lentamente,
el gesto de la caricia.
Y dejó que me fuera.*

Sólo en esos dos instantes asoma la poesía. Lo demás es prosa regular. Esa prosa antipoética que se pretende hacer pasar como poesía. Y no por culpa de Nicanor Parra, el gran poeta.

No se habla de estilo en la actualidad de esta nota. El concepto de estilo cambió hace mucho tiempo. Aun así, hace mella en la forma el exagerado uso de los puntos suspensivos. Indican que queda algo por decir, pero que no se dice, porque al autor no le da la gana, o le pide al lector que lo imagine. Si se tiene algo por decir, se dice. Si lo que no se dice se reemplaza con puntos suspensivos, el lector lo entiende como incapacidad expresiva. Aparte de ser un autoengaño, los puntos suspensivos en realidad carecen de significado. Como recurso literario, el más débil e inútil.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR



Imágenes en un bosque verbal

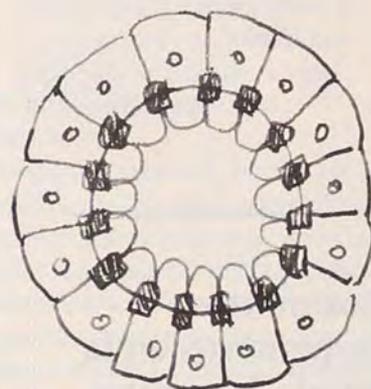
Manglares

Tomás González
Editorial Norma, Bogotá, 2006,
194 págs.

Manglares es un libro de poemas de Tomás González (Medellín, 1950), autor a quien la crítica literaria y los medios de comunicación han al fin reconocido, después de un largo silencio en torno suyo, pese a llevar una buena cantidad de años publicando novelas y cuentos. Los títulos de las primeras son *Para antes del olvido*, *Primero estaba el mar*, *Los caballitos*

del diablo y *La historia de Horacio*; y *El rey de Honka-Monka* sus cuentos.

El libro de poemas es, por lo visto, una selección hecha por el autor, dado que algunos textos vienen con una numeración no siempre consecutiva y otros con títulos. Tal vez, entonces, González sea un autor de muchos poemas y ésta apenas una muestra de noventa textos: memoria de momentos del pasado, descripciones de paisajes hoscos y también serenos, personajes que le han acompañado o que han pasado por sus ojos, tierras del trópico y ciudades de Norteamérica, el campo, los amigos, el mar, la soledad, en fin, es casi un calidoscopio la poesía de Tomás González. Como quien va por el mundo de andariego y lleva presta una pequeña Kodak.



En un momento de reposo, como un Odiseo en su Ítaca de nuevo, escribe su “Contemplación de la amargura en Chía, 2004”: “Aquel día, a los 54 años de edad, me dije: / ‘La fama, que ya no logré, ya no la quiero’. / Mejor quedarse quieto aquí, pensé, / en el centro del jardín, / atento a las mirlas y los azulejos / que llegan a comerse las flores de Feijoa [...] / alejado de mí y de mi nombre. / Y que el pasado se desprenda, entonces, / como las naranjas, / y como ellas se pudra la tierra / y se destrozce” (pág. 151). Pero la fama le llegó al novelista: reportajes, invitaciones (que más bien desdeña), reseñas de sus libros, fotografías, reedición de toda su narrativa por parte de Editorial Norma, y aun de su poesía, tal vez aprovechando el cuarto de hora de la fama. Y tal vez todo comenzó